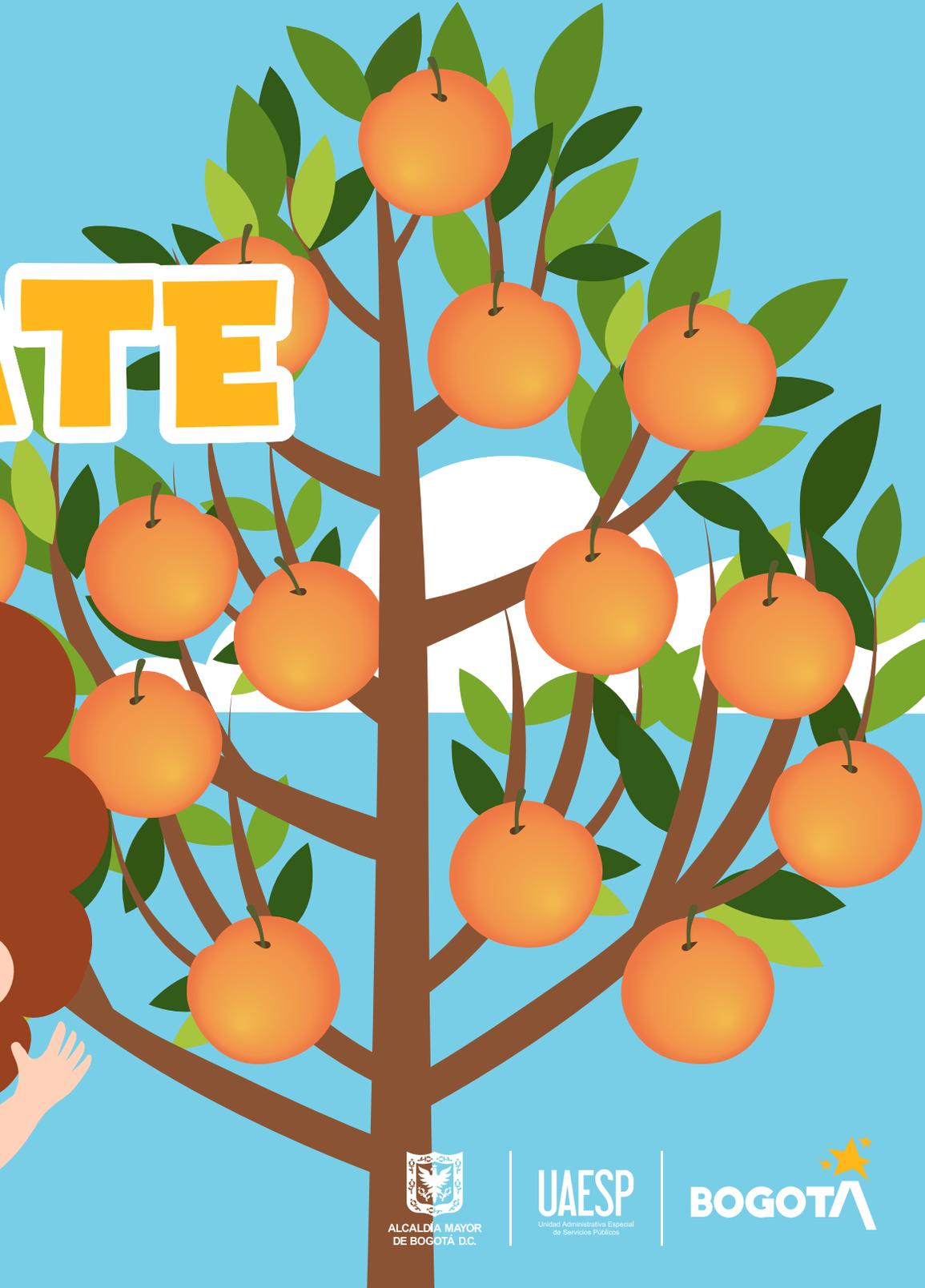


EL GRAN RESCATE



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

UAESP
Unidad Administrativa Especial
de Servicios Públicos

BOGOTÁ 



Miguel es un niño que vive cerca del terreno Doña Juana. Él ve con pesar que a diario los camiones depositan más y más toneladas de residuos que no son basura, y ha entendido que eso pasa porque las personas no saben reciclar, no consiguen darse cuenta de que la basura no es basura, entonces mezclan los residuos aprovechables con los residuos ordinarios, y así, sin conciencia, todo va para el camión.

Decidido a hacer algo en casa, junto con su papá, Miguel, ha construido una caja de madera para poner allí los residuos que salen del jardín y de la cocina, para utilizarlos mejor en lugar de desecharlos.





Miguel le explica cada día a su mamá la importancia de cuidar el planeta con su proyecto de compostaje, que consiste en reunir los residuos orgánicos vegetales, como la cáscara de la papa, la naranja, el durazno, las verduras, la cáscara de huevo, lo que sale del jardín —como los tallos o las hojas—, y también las bolsitas de té y de aromática. Al depositarlo en la caja de madera, luego de varios días, todo eso se convierte en abono nutritivo para la tierra.

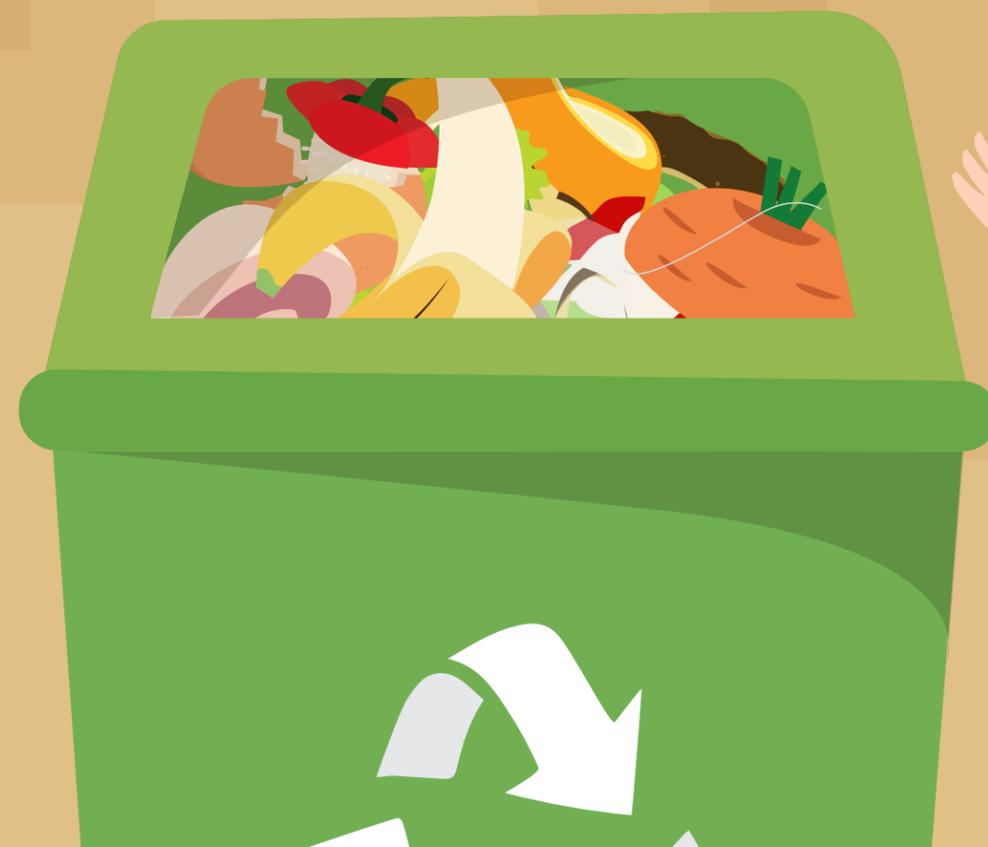


Miguel le recuerda a su mamá, por ejemplo, que no deposite en la bolsa de basura las botellas plásticas, pero ella a veces lo olvida y las pone donde no es. Para que no olvide lo que Miguel le recuerda siempre, el papá de Miguel ha puesto tres canecas en la cocina:

Una blanca, para poner cartón, papel, metal, empaques plásticos y botellas de vidrio.

Una negra, para residuos que no se pueden volver a utilizar, como las servilletas usadas y los residuos que están sucios.

Y una última, la verde, para las cáscaras y las pepas de frutas y vegetales, las bolsitas de la aromática y las cáscaras de huevo.





Miguel está pendiente, especialmente de la verde, para que no pongan ahí sobrantes de comida preparada, restos de carne, ni pescado, ni pollo crudo, tampoco los huesos del almuerzo, ni el pan, para evitar los malos olores.



Una mañana, Miguel escucha el llamado de su mamá.

— Ya estoy recogiendo los duraznos para el desayuno, mamá. —le responde desde el jardín.

— Hijo, muchas gracias. Trae esos duraznos por favor.



Uno de los duraznos le llama la atención a Miguel, su color es muy bonito y brillante, al tacto se siente jugoso.

— Es el más bonito durazno que he visto
—exclamó Miguel, apreciándolo.



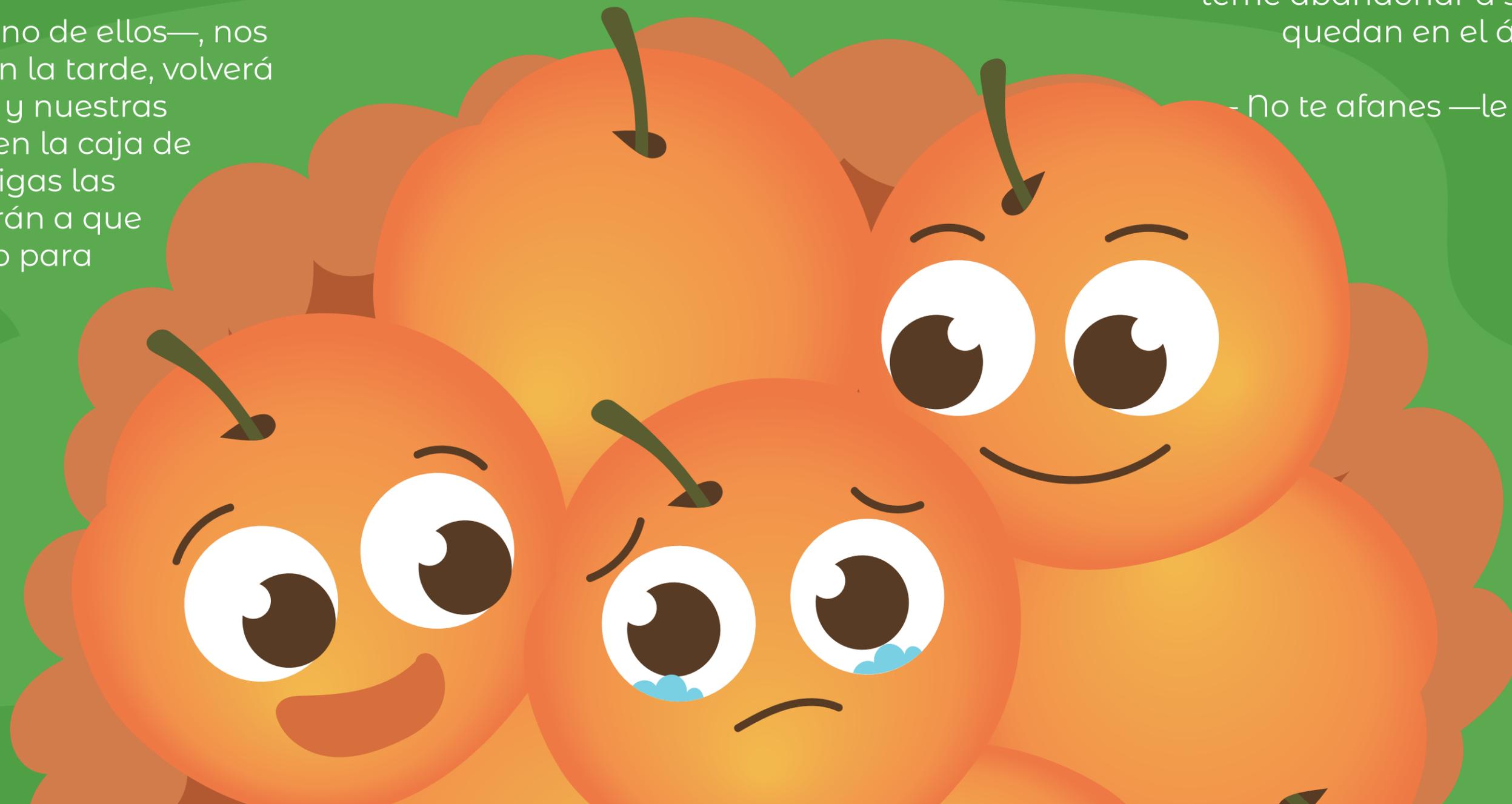
Va por su canasto y los duraznos empiezan a hablar entre ellos:

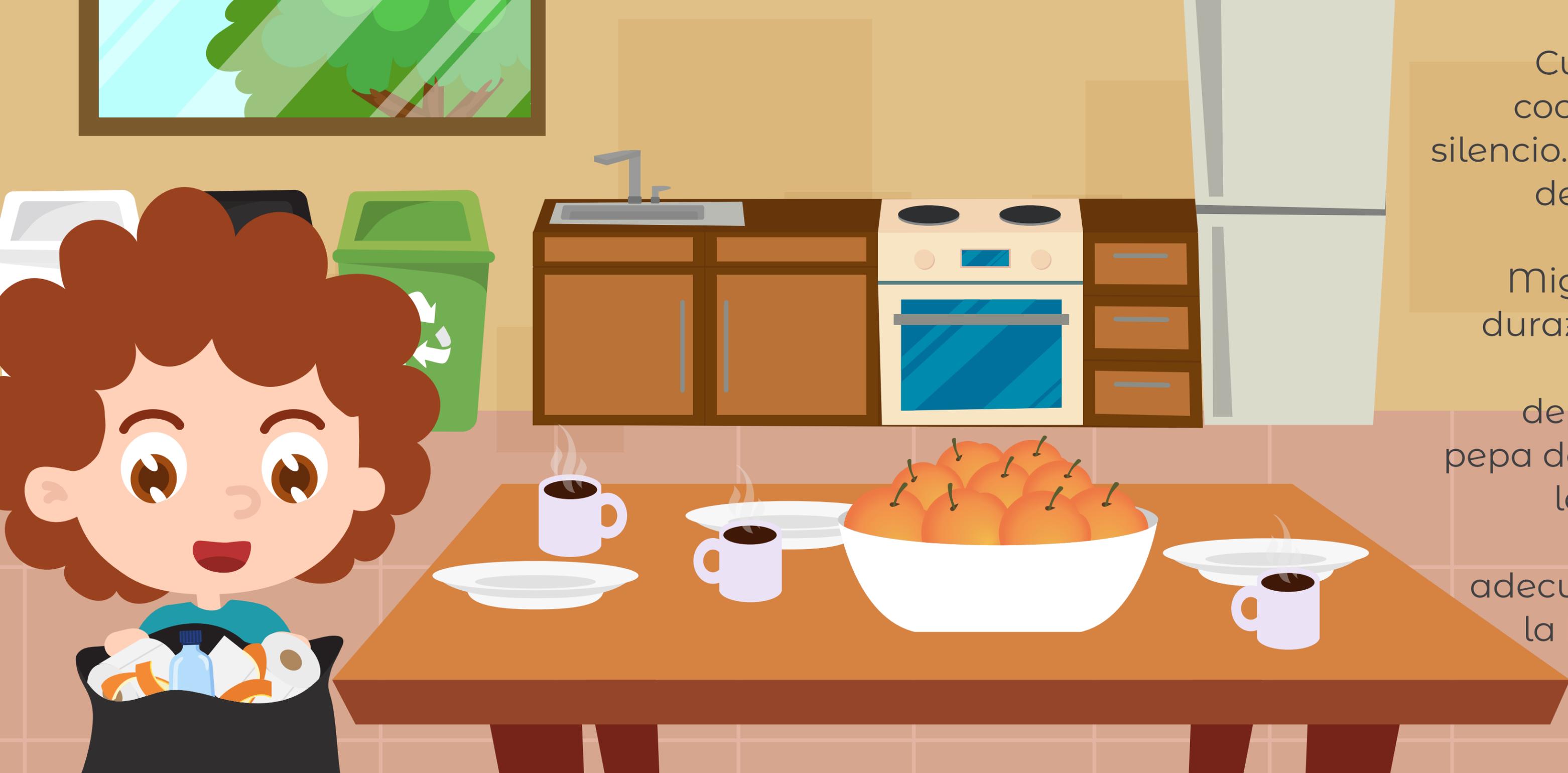
— Bueno, amigos —dice uno de ellos—, nos iremos a la cocina, pero, en la tarde, volverá nuestra semilla a la tierra y nuestras cáscaras las depositarán en la caja de madera, con nuestras amigas las lombrices que nos ayudarán a que nos convirtamos un abono para este hermoso jardín.

El durazno tan bonito, que admiró Miguel, teme abandonar a sus hermanos que aún quedan en el árbol. Y por eso, ellos lo

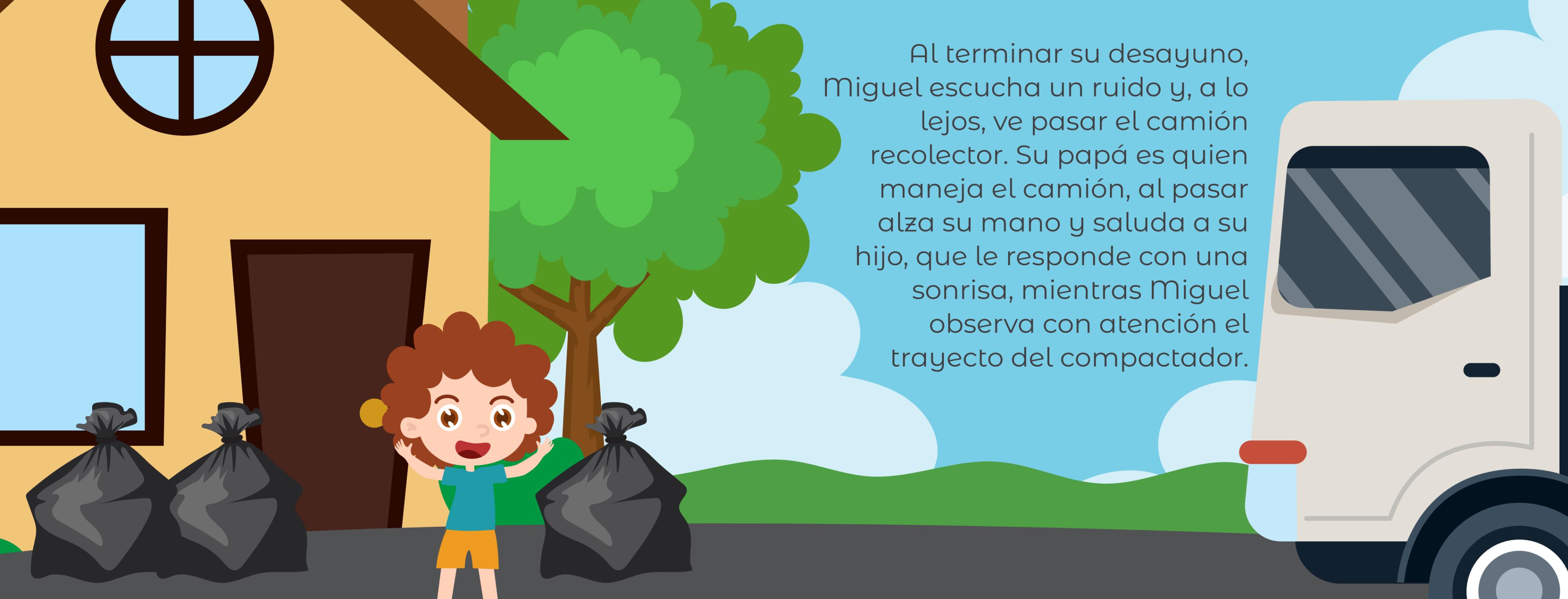
alientan:

— No te afanes —le dice uno de ellos—, en la tarde regresarás.





Cuando Miguel llega a la cocina, los duraznos hacen silencio. Huele a chocolate y las deliciosas arepas de maíz despiertan el apetito de Miguel. Su madre toma los duraznos, los pela y los corta en rodajas, pero olvida depositar las cáscaras y la pepa del durazno brillante que le había gustado tanto a Miguel en la caneca adecuada, pues echó todo en la bolsa negra junto a una botella de plástico.



Al terminar su desayuno, Miguel escucha un ruido y, a lo lejos, ve pasar el camión recolector. Su papá es quien maneja el camión, al pasar alza su mano y saluda a su hijo, que le responde con una sonrisa, mientras Miguel observa con atención el trayecto del compactador.



El papá le dice a su hijo:
— Recuerda que debes llevar los
residuos de la caneca verde al
compostaje, Miguel.
Pero, cuando Miguel se dirige a
seguir las indicaciones de su
papá, encuentra la caneca vacía.
Sorprendido, le pregunta a su
mamá:
— ¿Dónde está la caneca con
todos los residuos de los
duraznos?



Ella se toma la cabeza y exclama:
— ¡Ay, lo olvidé hijo, le di todo al camión que
lleva tu papá!
— Oh, no, mamá —exclamó Miguel—, los
orgánicos los usamos nuevamente aquí en la
granja para hacer el abono para las plantas,
recuerda que para eso son las tres canecas.
Mezclaste todo y ahora se perderá la botella,
al igual que los residuos orgánicos.



Dicho esto, Miguel salió corriendo a perseguir el camión, cuando su papá lo vio por el espejo retrovisor, de inmediato se detuvo.

En ese mismo momento, lo que había quedado del durazno, las cáscaras y una pepa magullada y sucia, viendo que a su alrededor había tantos residuos ordinarios, exclamó:
— ¿Qué hago aquí?, debo volver con mis hermanos.



Pero la botella de plástico le respondió:
— No es posible, ya estamos muy lejos, la mamá de Miguel no fue consciente y nos puso donde no era. Mira, soy una botella plástica y ya no podré convertirme en otro elemento, terminaré mis días en el basurero, esperando que pasen más de 400 años para desintegrarme. Y tú, que ya eres apenas una pepa de durazno, desaparecerás, sin ser nutriente para otras plantas.



A lo que las cáscaras y la pepa del durazno respondieron: — ¡No!, debemos volver para ser aprovechados con lo orgánico, y tú, botella, debes ser reciclada.



En ese momento, Miguel alcanzó al camión y se dirigió directamente a donde estaba la bolsa que había entregado su mamá, sin siquiera dirigirse a su padre. La pepa y las cáscaras del duraznito escucharon los pasos del niño, que se acercaba, reconociéndolo, gritaron:



— ¡Es Miguel, nos va a rescatar!

Miguel ve entre tantos residuos la botella pegada a unos restos de durazno y empezó a decir:

— Aquí está la botella, esto no es basura, esta pepa y estas cáscaras de duraznito están sucias, pero aún brillan, seguro que son las de mi lindo duraznito. Qué alivio, menos mal los alcancé, me los llevaré de vuelta.

Limpiando la botella, las cáscaras y la pepa, Miguel dijo:

— Mira papá, encontré entre el camión mis residuos, es que mi mamá los puso donde no era, y por eso terminaron aquí.

Su papá sonrío y le dice a Miguel:

— Hijo, es increíble que entre tantas cosas puedas reconocer tus residuos, qué maravilla. Límpialos, entrega la botella al reciclador y devuelve esos restos de durazno a la caja para hacer compostaje.

— Si, papá —respondió Miguel—, esta mañana mi mamá olvidó separar estos residuos, pero le pediré que recuerde que la basura no es basura y que se comprometa a estar atenta, para que no vuelva a suceder.





Miguel llegó a casa con la botella, con las cáscaras y con la pepa de su durazno. Puso la botella limpia y seca en la caneca de la bolsa blanca, para entregarla al reciclador, y depositó las cáscaras y la pepa de su durazno en la caja del compostaje.



Quando los restos del duraznito cayeron a la caja,
al encontrarse con sus hermanos y con los otros
residuos vegetales, se abrazaban diciéndoles:
— ¿Dónde estaban?, los estábamos esperando.

Las cáscaras y la pepa del duraznito sonrieron, mientras veían a lo lejos a la botella de plástico limpia y seca, que estaba en la bolsa blanca, esperando a que se la entregaran al reciclador, y declararon:
— Miguel nos ha rescatado.





Al final, luego de ese gran rescate, las cáscaras y la pepa del duraznito se convirtieron en abono para el árbol de duraznos, y la botella fue llevada por el reciclador a una estación, en donde la convirtieron, junto con otras botellas, en pequeñas partículas con las que fabricaron un escritorio de plástico.



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

UAESP

Unidad Administrativa Especial
de Servicios Públicos


BOGOTÁ

